

BIBLIOGRAFIA

MICHEL LEJEUNE. *Celtiberica*, Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, tomo VII, núm. 4, Universidad de Salamanca, 1955.

Puede decirse, sin temor a generalizar demasiado, que cuantos nos interesamos por las lenguas hispánicas antiguas sentimos una profunda alegría al saber que estaba en prensa esta obra del profesor Lejeune y que hemos esperado impacientes su aparición. No dudábamos de que su aportación al estudio de estos textos, tan a menudo descuidados, iba a tener como consecuencia un progreso importante en la firmeza de nuestros conocimientos acerca de la lengua celtibérica. Y nuestra expectación no ha sufrido el menor desengaño.

No es necesario hablar, pues es sobradamente conocida, de la excepcional competencia del autor en este género de investigación. Acaso no esté de más, sin embargo, mencionar aquí —puesto que el sentido crítico, por desgracia, nunca puede darse por supuesto— su vigilante ponderación, en guardia siempre para no dar lo posible como seguro. La sagacidad con que el profesor Lejeune sabe buscar lo probable en el laberinto de las meras posibilidades hace que el libro, además de los resultados positivos que ofrece, tenga un alto valor como modelo y guía para cuantos quieran arriesgarse en territorios lingüísticos mal explorados.

Se examinan en esta obra las inscripciones celtibéricas, tanto en escritura indígena como latina, y no la totalidad de las inscripciones hispánicas en lengua indo-europea. Comprende el estudio de la inscripción grande de Peñalva (sobre la cual puede verse ahora el artículo de A. Tovar, "La inscripción grande de Peñalva de Villastar y la lengua celtibérica", *Ampurias* 17-18 (1955-56), 159 ss.) y de las menores, el inventario de los textos celtibéricos en escritura ibérica, un examen de conjunto de muy particular interés acerca del valor de los signos en ese sistema, el estudio de la tésera celtibérica del Cabinet de Médailles de la Biblioteca Nacional de París y observaciones sobre las téseras hispánicas de hospitalidad. Más de un tercio del libro está dedicado a índices que, aparte de hacerlo sumamente manejable, proporcionan un resumen perfecto de lo que se sabe actualmente del celtibérico: índice de los textos (tabla de concordancias con otras publicaciones, índice de las monedas, del bronce de Luzaga y de los demás epígrafes), índice de las palabras en ambas escrituras, e índice morfológico y fonético.

Lástima que apremios de tiempo nos impidan comentar esta obra con la extensión que merece y desearíamos. Nos limitaremos, pues, una vez

subrayadas sus cualidades excepcionales, a presentar unas observaciones críticas sobre algunos detalles que no nos parecen suficientemente elucidados.

El señor Lejeune afirma, p. 131 s., que no hay ningún ejemplo seguro de **p** en nuestros textos, ni en escritura indígena ni en escritura latina. No hay efectivamente razón, en el estado actual de nuestros conocimientos, para rechazar sus explicaciones en los casos litigiosos que examina. Hay, sin embargo, un ejemplo importante a este respecto que no ha sido considerado. Nos referimos al letrero monetar **ConPouTo**, M 93 de este libro. En el **Léxico** de Tovar, citado en la p. 96, se ve que este nombre, que puede leerse sin dificultad **ConP(l)ouTo**, fué identificado con **Complutum**, la actual Alcalá de Henares, por Gómez-Moreno, y esta identificación parece a primera vista bastante razonable y digna de ser examinada. En el mismo lugar está la referencia al artículo de Schuchardt, **ZRPh** 32 (1908), 77 ss., donde se ve en **Complutum**, comparado con **Komplóutika Compléutika**, un equivalente del lat. **Confluentes**, etcétera. Esto, por muy sugestivo que sea, ya no es sin duda tan seguro y, aun dándolo por cierto, acaso pueda interpretarse el nombre de distintas maneras y no necesariamente partiendo de i.-e. *pleu-. En todo caso, creemos, este posible ejemplo de **p** habría debido ser aducido en esa discusión.

Las consideraciones de las págs. 46 ss. sobre el empleo de las dos sibilantes ibéricas nos parecen de suma importancia para fijar su distribución **gráfica**, pero mucho menos concluyentes en cuanto a la distinción fonológica o fonética que se supone reflejan. A pesar de los esfuerzos del autor, no vemos razón importante para no seguir pensando, como ya indicó Tovar, que el uso de ambos signos no supone, en estos textos, una diferencia real de pronunciación. Hemos tratado de apoyar este punto de vista en **Emerita** 23 (1955), 265 ss.

Lo que a nuestro juicio hay de insatisfactorio en el intento de demostración del señor Lejeune depende, según toda probabilidad, de la misma limitación del libro, que estudia los textos celtibéricos con exclusión de los ibéricos. Ahora bien, este sistema de escritura debió ser empleado en éstos antes que en aquéllos, y la razón de ciertas particularidades gráficas podría muy bien hallarse en el uso más antiguo. Los celtíberos se encontraron con una notación que en ciertos aspectos era claramente defectuosa para representar los sonidos de su lengua, lo que no excluye que en algunos otros dispusieran de más signos de los que necesitaban.

Esto podría aplicarse, a nuestro modo de ver, al complicado problema de las nasales —nos referimos a los signos— celtibéricas. En los textos **sensu stricto** ibéricos hay tres letras (**N**, **M** y, siguiendo la transliteración propuesta en este libro, **V**, que representaremos aquí por mayúsculas) que presentan, a excepción quizá de **N**, problemas difíciles como la rareza de **M** y el valor no precisado de **V**, pero no creemos exagerar al decir que la mayor parte de los autores les atribuye un carácter nasal, aunque para **V** falte todavía una demostración cumplida. Por otra parte, tratándose de una lengua i.-e. antigua como el celtibérico no será tampoco exagerado afirmar que **a priori** esperaríamos encontrarnos con que poseía dos nasales fonológicamente distintas, **m** y **n**. Y cabe preguntar: ¿de estos dos hechos no podría seguirse algo parecido a lo que encontramos en el aspecto gráfico en los textos celtibéricos?

Admitámoslo por un momento, a título de hipótesis. El celtibérico po-

seía dos fonemas nasales y el sistema ibérico de escritura tres signos para presentarlos. La aparente confusión gráfica sería entonces el resultado, como en el caso de las sibilantes, de *l'embaras du choix*. Según las localidades y las épocas, o según otra razón cualquiera de distribución, se eligieron unas veces dos signos de los tres disponibles, y otras otros dos. La distribución de los caracteres no parece oponerse a esta hipótesis: **M** y **V** se excluyen mutuamente, es decir no aparecen juntos en el mismo texto (con la excepción del caso dudoso *ovTiCes / om*, si las monedas son de la misma ceca), aunque sí una vez en epígrafes hallados en la misma localidad. Por el contrario, **V** y **U** concurren en igual posición, y muy especialmente entre vocales, lo que parece excluir que el primer carácter representara una semivocal. No dejaremos de señalar que, aunque las consideraciones de orden económico no pueden ser decisivas aquí, no deja de ser una economía, y muy importante, el poder prescindir de un proceso real de lenición o espirantización —en condiciones por lo demás muy imprecisas— a cambio de una duplicación, puramente aparente, en el uso escrito.

En esta hipótesis sería, por supuesto, difícil escapar a la conclusión de que, mientras en el sistema "oriental" **M** y **N** representan respectivamente a **m** y **n**, en el "occidental" **V** y **N** deben transliterarse a **n** y **m**.

Esperamos se nos perdonará la inoportunidad con que, con ocasión de esta reseña, nos hemos lanzado a proponer, siquiera sea en esbozo, este intento de explicación. Volviendo a nuestro tema, si el plantear correctamente un problema equivale ya a resolverlo —y no estamos lejos de aceptar la validez general de esta proposición—, podemos asegurar que en este libro del señor Lejeune queda establecida la base firme para la solución incluso de las cuestiones disputadas.

L. M.

JUAN MARIA PEREZ ARREGUI. *San Ignacio en Azpeitia*, Zaraus, 1956.

Se ha lanzado, aprovechando la oportunidad del Cuarto Centenario de la Muerte de San Ignacio, la segunda edición de este libro que, publicado por primera vez en 1921 con ocasión de otra conmemoración centenaria, se agotó rápidamente como ocurre con los buenos libros.

Lo mejor que se puede decir de la bondad sustantiva de éste es que, a pesar del transcurso de más de treinta años desde su primera aparición, sus conclusiones mantienen una inalterada permanencia. Esto es tanto así que, al tratar el que suscribe de elucidar algunos problemas históricos guipuzcoanos que se plantean en la vida de San Ignacio, ha dejado en blanco el capítulo de la estancia de San Ignacio en Azpeitia, remitiendo al lector a la investigación realizada por el P. Pérez Arregui, en la que sólo podría modificarse —y eso es todavía discutible— una pequeña incidencia de la vida del santo, mejor iluminada después del año 1921.

El autor realizó su estudio con gran escrupulosidad, como lo hacía todo en sus escritos y en su docencia, y lo hizo acompañar con un nutrido aparato erudito basado principalmente en las informaciones obtenidas para el proceso de beatificación, si bien no dejó de explorar y analizar otras fuentes. Sobre todo esto, demostró poseer un buen sentido interpretativo y una recta orientación crítica.

El libro lleva, además del antiguo prólogo de don Carmelo de Echeagaray, otro muy sentido y literario de don Ignacio Pérez Arregui y un bien observado y expresado epílogo de José de Arteche.

F. A.

JUAN ANTONIO MOGUEL. *El doctor Peru Abarka, catedrático de lengua vasca en la Universidad de Basarte*, 4.^a edición. Editorial Icharopena. Zarauz, 1956.

No hay razón para que me extienda en comentar este libro con ocasión de la nueva edición cuya necesidad se venía sintiendo desde hace ya largo tiempo. Sobre el clima espiritual en que nació y sobre la vida y obras de su autor —traductor también de Pascal al euskera, lo que no es tan conocido— hallará quien lo desee abundantes precisiones en el excelente trabajo de don J. M.^a Lojendio, publicado en *Egan*, 1954, 2-4, p. 16 ss. Para mí es la obra más agradable, ya que no la mejor, de cuantas se han compuesto en lengua vasca.

El libro no sólo tiene interés para el aficionado a la literatura. Constituye un testimonio de primer orden acerca de los modos de pensar de nuestros antepasados a fines del siglo XVIII; el material etnográfico que en él se recoge tiene también una riqueza extraordinaria: técnicas y usos desaparecidos hace tiempo se describen con el más minucioso detalle.

Su valor lingüístico es también sobradamente conocido, aunque no sea más que por las continuas referencias que aparecen en el gran Diccionario de Azkue. La nueva edición está muy lejos de ser inutilizable por el lingüista. La modernización de la ortografía —salvo la corrección de alguna errata clara de la primera edición— no pasa de ser una transliteración: no se han cambiado por *x*, para citar un ejemplo, los casos de *is* y *s* del original, que muy probablemente trataban de representar una pronunciación palatal.

He aquí cuáles han sido los cambios en el texto. En primer lugar, el prólogo original en castellano ha sido sustituido por otro en vascuence, certeramente concebido y limpiamente escrito por don Antonio Arrúe. Se han suprimido los apéndices a la primera edición: el "Diálogo entre dos amigos eclesiásticos, el P. Fr. Pedro de Urlija y don Juan de Zandija" sobre la predicación en lengua vasca con las traducciones de trozos oratorios latinos, tomados de Cicerón, Q. Curcio, T. Livio, Salustio y Tácito. Se ha conservado en cambio, con muy buen acuerdo, el importante vocabulario final: "Nomenclatura de diferentes voces bascongadas, comunes a los rústicos e ignoradas por no pocos de los bizcainos".

Debemos estar muy agradecidos, una vez más, a la Editorial Icharopena por este esfuerzo por salvar el *Peru Abarka* de convertirse en un clásico. Triste suerte por estas latitudes, ya que quien lo alcanza consigue ser mencionado a menudo de palabra o por escrito a cambio de ser leído raramente o nunca. El libro tiene la agradable presentación bien conocida de las demás obras de la colección "Kuliska", con una reproducción de la portada de 1881 y bonitas ilustraciones de P. Larraga.

L. M.

I. M. MANZISIDOR, *S. I. Gure Patroi Aundta. Aita San Iñazio'ren bizitza*. Hechos y Dichos. Zaragoza, 1956.

Este libro constituye el principal homenaje de la lengua vasca a nuestro San Ignacio en el Cuarto Centenario de su muerte, y al mismo tiempo un señalado servicio, uno más de los prestados por el P. Mancisidor a nuestra lengua.

El P. Villasante escribía no hace mucho (*Euskera* 1956, I, p. 15), a propósito de una obra anterior del P. Mancisidor, que ésta había recibido del público de habla vasca "una acogida de favor", al paso que había sido juzgada bastante desfavorablemente por "el círculo de aficionados o de profesionales de nuestra literatura". Ignoro a cuál de los grupos pertenezco, pero, si por casualidad me correspondiera un puesto en el segundo, no estaría de ningún modo de acuerdo con la supuesta opinión dominante. El P. Mancisidor posee en grado notable algunas de las cualidades que más estimo en un escritor: es un narrador ágil y desembarazado, y su prosa es clara, directa y, sobre todo, natural, cualidad esta última que, no sé bien por qué, parecemos haber dejado de apreciar. Se puede, pues, asegurar que su público —y felicito sinceramente al P. Mancisidor por poseerlo— no dejará de prestar a este libro, como merece, una acogida todavía más favorable que al anterior.

No quiero, sin embargo, ocultar que, a mi juicio, el autor, en su deseo de claridad y naturalidad, ha pasado alguna vez la raya y se ha inclinado del lado del descuido y de la vulgaridad. No creo que el orden de las palabras en "Ez bakarrik zeukan Universidadea" (p. 101) o el calco de una expresión tan poco distinguida como "Egun artan lanez go-raño zegon Polanco" (p. 235) contribuyan gran cosa a facilitar la comprensión del lector. Y la mayor claridad sería la única razón que justificaría, a lo que se me alcanza, ejemplos como los citados.

No quiero terminar estas líneas sin aludir a una cuestión incidental, pero que no deja de tener interés, sobre todo para un miembro de la Compañía de Jesús. Se nos dice en la pág. 15 que en sus primeros años llamaban **Iñigo** a San Ignacio; en la siguiente, que ese nombre estaba entonces muy extendido entre los vascos. Y esto que hablando en castellano sería perfectamente correcto, no lo es en vascuence, porque el nombre vasco de S. Ignacio era **Eneko**. En este mismo BOLETIN, 11 (1955), 413 puede ver el autor que ese nombre aparece no sólo en la Edad Media, sino en el guipuzcoano Isasti en pleno siglo XVII; en el artículo de F. del Valle Lersundi, **RIEV** 24 (1933), 176 ss., se prueba que ocurre, junto con el femenino **Necoiza**, en libros parroquiales guipuzcoanos durante el siglo XVI. Se me dirá, acaso, que al pueblo no le es familiar hoy ese nombre. Es así, pero el escritor puede explicar sin dificultad los hechos. Ahora que, acaso por exceso de suspicacia, se me figura que la inexplicable confusión existente en torno a los antiguos nombres vascos de persona, no ha afectado tan sólo a los lectores, sino también y en muy crecida proporción a los autores. En todo caso, pienso que debemos respetar, por lo menos a S. Ignacio joven, su nombre vasco, cuando hablamos o escribimos en vascuence.

Señalo, para terminar, que este excelente libro ofrece una magnífica presentación, con ilustraciones de "Ayalde" que son un modelo de sobriedad y distinción.

L. M.

ANASAGASTI, PEDRO DE. *Floreceillas de la Virgen de Aránzazu*.
Editorial Aránzazu, 1952.

El P. Anasagasti es además de Franciscano y enamorado de la Virgen de Aránzazu, un poeta. El que le reconozca expresamente estas virtudes no supone que le niegue por exclusión otras muchas. Pero es que no son del caso en esta ocasión porque él ha prescindido deliberadamente de ellas. El ha querido alabar a su Virgen como una alondra canta a la aurora, y no ha puesto en juego más cuerdas que su sayal pardo de Franciscano, su fe de enamorado y su pluma. ¡Qué le importa a la alondra la razón ni la crítica! Canta porque la aurora surge esplendorosa y trae la grandiosa luminosidad del día. Ya vendrán los cosmógrafos a explicar y razonar las fases solares, los movimientos de los planetas y los efectos de su posición. A la alondra le basta con que haya nacido el día y su luz llene la amplitud del espacio, para cantar.

El P. Anasagasti con su hábito del Santo de Asís, humilde y fervoroso no ha pretendido otra cosa. Ha entrado en el huerto opulento y barroco del "Paraninfo Celeste", ha cortado unas flores, las más candorosas por lo ingenuas y les ha dado con su pluma nueva vida para excitar la emoción fervorosa de las gentes sencillas y acrecentar su amor a la Virgen de Aránzazu. Es el amor quien ha de llevarnos a la Virgen, amor hecho de Fe y de Esperanza. Y el Padre Anasagasti ha puesto todo su amor a su servicio. Sin duda no quería poner más, convencido de que con él le bastaba al propósito. Pero su pluma, traviesa, jugosa y fina le ha salido al camino para brindarle su apoyo, poniendo en los relatos una gracia literaria que da al libro una gran belleza y especial encanto.

M. C.-G.